



NOCHE
DE GLORIA AMARGA

José Antonio Llamas

NOCHES
DE GLORIA AMARGA



Primera edición: febrero de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Antonio Llamas

ISBN: 978-84-18097-96-6

ISBN digital: 978-84-18097-97-3

Depósito legal: M-6237-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Quiero dedicar este libro a mi escurridiza cordura
que le debo a mi psiquiatra la Dra. Mar,
y a las herramientas que me a proporcionado mi
trabajador social, Alberto, y, por supuesto,
dar las gracias a todos los que a diario me aguantan
mi gran familia y amigos.*

Prólogo

Cómo ser escritor sin saber gramática ni tener ninguna pasión por las rimas, cómo puedo escribir algo interesante sin poner las típicas memeces de amor interminable, o esas historias donde el malo muy malo, el bueno muy guapo y la chica trofeo, por otra parte, está muy buena. Además, esta horrible letra que me acompaña solo podrían leerla unos pocos privilegiados, o por el contrario, todo el que merezca sufrir un aburrido escarmiento, que según la tele somos todos a todas horas. Pero la culpa es nuestra al no poner fin a estos abusos que sufrimos constantemente, tanto con la incesante publicidad como con todos esos ladrones de traje y corbata, y por supuesto, todos esos infelices que creen que son los mejores porque tienen el móvil más caro y el coche más rápido; porque la sociedad es tan estúpida, viciosa, insultante, envidiosa, odiosa. En definitiva, menos mal que, aunque seamos pocos, aún queda buena gente, como dice uno de mis ídolos. Hay demasiada gente y muy pocas personas, como dice otro de mis ídolos. Este mundo hay que tomárselo a cachondeo, pero... cómo hacerlo cuando

tienes la soga al cuello, cómo reírte de algo tan simple como es uno mismo cuando no tienes ni para comprar ni un kilo de arroz. Yo hace tiempo que me di cuenta que este mundo está controlado por un grupo de sádicos avaros que nos manipulan y nos lavan el cerebro para que sigamos llenándoles los bolsillos, bueno, más que seguir llenándoles yo diría seguir inflándoles los bolsillos, porque los cabrones ya los tienen bien llenos. Pero, ¿por qué lo consentimos? La gente no es tonta, bueno, la mayoría no es tonta, ¿por qué dejamos que nos manipulen? ¿Realmente es tan sencillo sacarle el dinero a la gente? si es así, vamos a ello. Según mi reflexión, la gente busca la felicidad en todo lo que le rodea para impregnarse en ella, y, si no encuentran lo que les hace feliz, se adaptan a lo que hay. Pero, ¿por qué ignoran todo lo que les está destruyendo?

NOCHES DE GLORIA AMARGA

Capítulo 1

Me presento: soy un pobre iluso e ignorante, irrelevante para muchos, con 21 años y nada más. Soy de una pequeña ciudad, o, como yo le digo a la gente, soy de un pueblo grande del sur de España, de Murcia más concretamente. El nombre de mi ciudad no lo digo porque no me da la gana, solo diré que Lucifer es mi vecino, pero tranquilos; Luci para los amigos, Fer para las amigas, es solo el perro del vecino. A fecha de diciembre del 2007 y a mis 21 años, yo estaba estancado en ese pobre lugar; a ver, para la infancia es un sitio cojonudo, pero llegó un momento en el que me consumía encerrado por esa monotonía, que es salir a la calle y ver siempre a la misma gente, los mismos lugares. Así que un día me harté, me saqué el carné de conducir y me fui a Barcelona con una mano delante y otra detrás. Así seguiré; iré donde me lleven mis botas, viajaré con el mundo, y, aunque sé lo que va a ocurrir, seguiré siendo feliz mientras tenga donde dormir. Ya ves, un sitio donde dormir es extraño, cómo algo tan sencillo puede ser tan complicado. Saben, yo no sé si es que me han maldecido o es que soy

realmente gilipollas, porque, desde que estoy aquí soy un maldito sin trabajo, ni piso, llevo apenas unos meses en Barcelona y he vivido en cuatro pisos. El primero y el último pagando el alquiler religiosamente, en uno como parásito en el piso de unos familiares y en otro como okupa, ¿saben dónde creía que mejor he estado? En el piso de okupa en el Raval, donde, a pesar de tener la electricidad enganchada a la farola de la calle, tener que ducharse en el piso del vecino y tener que hacer verdaderos milagros para prepararme algo decente que comer, la gente es cojonuda, o eso pensaba hasta que llegué al cuarto piso que he comentado, pero en fin, no me adelantaré. Me pasaba el día fumando porros y rascando una guitarra, recorriendo todos los bares y negociando con los paquistaníes por unas cervezas, bueno, eso lo hacía y lo hago en todos lados. Fue cojonudo, y mi misión era encontrar un piso de alquiler con ese mismo rollo, pero con un poco más de higiene. En el piso había cuatro dormitorios, dos baños, una cocina y un salón, aunque, más que un salón, parecía el lugar donde iban a morir todos los desgraciados alcoholizados. Junto a las decenas de cucarachas que habitábamos aquel lugar, en ese piso vivíamos siete personas; éramos cuatro hombres, dos mujeres y una diosa. Esa chiquilla se apoderó de mi cuerpo y de mi mente, entrándome por los ojos, y, cuando la sangre me volvió al cerebro, comprobó que, además de que la niña está la ostia de buena, era una mujer independiente, inteligente, luchadora, graciosa, y lo más importante: yo también le gus-

taba. O eso pensaba, así que, como ya habrán acertado, no tengo prisa por volver a mi pueblo grande.

Esta ciudad, una de las cosas que tiene, es que es tremendamente turística, algo que por una parte es maravilloso; poder salir un lunes o un martes y recogerte a las diez de la mañana del siguiente día, además, poder conocer chicas de todo el mundo sin tener que viajar y con el aliciente de que son ellas las que vienen a pasar unos días, semanas, o incluso meses, con la esperanza de recordar ese viaje de por vida. Eso te facilita mucho las cosas a la hora de ligar y se agradece, pero eso mismo también es la sombra que cubre esta maravillosa ciudad. Ya que no puedes disfrutar de Barcelona sin hacer cola; siempre, vayas donde vayas, hay una marabunta de gente contigo, algo que convierte los locales y comercios en eso mismo, comercios, pero han logrado sobrevivir algunas tiendas y bares con personalidad propia donde les gusta lo que hacen, se divierten trabajando y, si los encuentras, te aseguro que no cambiarías nada. Me llevaría todo lo que me gusta a Murcia, mi tierra querida.

Una de las cosas que odio es que somos prisioneros del dinero, y eso es algo que te hace perder la vida. No tajantemente, claro, pero sí que te roba un tiempo valioso, no solo en el trabajo; a mucha gente también le roba tiempo fuera del trabajo, me refiero a esos ilusos que piensan que pueden comprar la felicidad, que solamente necesitan más dinero para ser felices. Yo no sé si es porque nunca he tenido un puto duro, o porque las estrellas me iluminan y me sirven de guía, pero siempre

he sabido disfrutar de lo que me rodeaba y, aunque he sufrido terribles puñaladas traperas, no cambiaría nada de lo poco que he vivido, y solo espero que la suerte me vuelva a sonreír para poder levantarme otro día más y seguir luchando con ese poderoso caballero que es don dinero. Joder, parezco un parado que está muy fumado, pero qué le vamos a hacer, ciertamente es lo que soy. Para ser totalmente sinceros, esta anarquía que publicito la vengo llevando a cabo con el tiempo que le he robado al sistema con eso que llaman paro. Sí, un año que le he podido rascar a este corrupto sistema más o menos, ya os podéis hacer una idea del hábitat por el que me muevo.

Muy pronto llegaré a contaros cómo a mi vera se encontrarán dos implacables camaradas capitalistas italianos, que se acercaron a estas tierras en busca de un verano glorioso con la excusa de aprender español. Yo, por mi parte, antes de conocer y formar parte de lo que sería un siniestro trío cómico no remunerado, que actuaban por la promesa de un poco de cariño pasajero. Me movía entre lo que son unas bellísimas personas capaces de ver un rayo de luz entre una tormenta, a través de sus herramientas habituales de trabajo, que venían siendo entre un rulo hecho con un billete, o para los más optimistas, un cupón de la once, con el que aspiraban toda la energía y vitalidad que necesitaban para llevar la alegría al barrio. Otros se las apañaban aliñando los libros más vendidos del mundo con un poco de verde o con lo que se podía para ser auténticos soñadores elocuentes, que vendían sonrisas allí por donde andaban, y la élite del barrio, la

crème de la crème, los visitantes de mundos inimaginables, los viajeros por las autopistas venosas y nerviosas, los que sin duda más trucos conocían para poder meterse la vida entre las venas, vamos, lo que viene a ser unos putos yonquis, pero al fin y al cabo eran amiguetes. Sobre todo de la que creía era mi musa, una dulce ardiente pelirroja incapaz de apagarse ni con un diluvio universal, una verdadera preciosidad con un corazón de puro fuego que te atrapa y te devora hasta que lo hace todo cenizas y resurge como el fénix que es; tan hermosa, en apariencia delicada y capaz de desarmar al hombre más perspicaz con una sola mirada, un auténtico súcubo, en adelante, Raquel. Es verdad que parece el paraíso en la tierra, pero de todo se cansa uno, llámalo X o llámalo de la manera que se llama a estar todo el día fumado, apestando, alcoholizado, en ocasiones atracado por simpáticos transeúntes del barrio y licuado por Raquel, que parece que se alimenta de mis fluidos. Esto último no parece tan malo, pero lo que no he contado aún es que la pobre vive de la caridad de los pobres infelices como yo: yo no la llamaría puta, simplemente es una superviviente. Ella me dio todo lo que yo necesitaba y cogió lo que quiso; un acuerdo sellado por condones, pero claro, cuando entrando el verano fui al piso de estudiantes de Erasmus y conocí a los que serían mis compadres, una terrible amnesia se apoderó de mí y de todo lo que conocía hasta ese momento en Barcelona. Eran unos muchachos y muchachas italianos muy simpáticos, a primera vista nada cabroncetes, la cosa estaba clara; el

año lectivo estaba terminando, pero no querían perder el alquiler del piso en el verano, así que iban cambiando personajes como se cambian los Pokémon. Entrando yo éramos tres chicos y una chica, todos italianos menos yo. Al entrar el verano definitivamente acabamos cinco chicos y dos chicas, un mexicano, Charlie, podrido de dinero con su novia de turno, un cubano, Alexis, con su mujer alemana Valeria, más fea que una circuncisión hecha con un hacha, dos italianos despistados, que al principio no entendían casi nada de español, Manu y Carlo, y yo. Pero todo se andará, ya se cambiará el elenco de personajes conforme nos vayamos cociendo en la historia. Charlie parecía que estaba en ese piso por hacerle un favor a la chica romana residente, o porque había perdido una apuesta, ya que era rarísimo verlo o que pasara la noche por ahí, lo cual se agradecía porque había más sitio en casa y menos mierda en la cocina. A ver, todos o casi todo el mundo ha vivido alguna vez en un piso de estudiantes, ¿no? Al principio, mientras conoces y te reconocen, eres muy educado y limpio, pero conforme va pasando el tiempo la cosa se va asilvestrando; el baño pasa de limpiarse de cada semana a cada mes, los platos se acumulan como si fuese un tesoro para una cucaracha, y del polvo ya ni se habla, está directamente vetado en casa, al que le moleste que coja la bayeta y que se aplique. Como todo se formó de forma natural, con el tiempo nadie discutía, además de que teníamos la suerte de vivir en un ático, por lo que no sufrimos más plagas que la de la tierra que traía el viento.

Al comienzo de la transición, cuando llegaron los que serían mis colegas, todo eran risas y confusiones. Yo por suerte siempre he sido muy sociable y comunicativo, con lo que pronto nos otorgamos los roles de cada uno: estaba Manu, que era el tipo seductor y que ponía el punto de cordura algunas veces, cuando lo creía necesario, Carlo, el simpático regordete, sencillo a primera vista, más tímido a la vez que oportunista, Charlie, un embaucador y repetidor universitario con dinero por castigo, buscador de placeres vanos y nihilista y su novia de turno. Giuseppe, un estudiante más responsable que deplorable, con cierta tendencia al alcoholismo social, y yo, que era a la vez el profesor de castellano y guía turístico, lo que se dice un tipo sociable, rozando la Sociopatía, y un poco más adelante, en el puesto de Giuseppe, Alexis, un mulato vividor pícaro de playa, desvergonzado y con un estómago capaz de soportar lo indecible en cuestión de estética, y su esposa Valeria, una veterana hippie berlinesa con una verruga en la frente y otra en la nariz, a la que le horroriza la soledad hasta el punto de buscarse un marido floreo que solo le respetaba cuando estaban juntos. A todos nos unía el humor negro y el ser lo que se podría llamar como guiris residentes, ya que, al no ser estudiantes o tener compañeros de trabajo con los que salir a tomar unas cañas (menos Charlie y Giuseppe), nos acoplamos entre nosotros.

